

Tarjeta navideña: vivimos cerca de los límites

Rolando Cordera Campos

Las estimaciones sobre el daño que causa al país el mantenimiento de la política fiscal presente no se han hecho, pero coincidirán en que dichos daños son mayores. No sólo se detienen obras necesarias de las que depende en parte el que México pueda competir por el capital y el comercio externos, sino que la máquina económica se ve obligada a calcular una y otra vez su perspectivas de ganancia y expansión en un ambiente general en el que las expectativas se mantienen bajas o a la baja, a pesar de que el entorno económico foráneo más cercano e importante da repetidas señales de dinamismo. Se vive así, el peor de los escenarios: la infraestructura no crece al ritmo necesario para planes serios de expansión y diversificación de largo plazo, mientras que los horizontes para la inversión lucrativa se achatan y amenazan llevar la estructura productiva a una situación incorregible de encogimiento.

Mientras todo esto ocurre y se evalúa, el cuerpo político nacional registra sin falta la inmadurez institucional y mental con que se llegó a la alternancia y se inició la construcción de un orden propiamente democrático. La insistencia del gobierno en que con él apenas empezaba la transición a la democracia fue signo inequívoco de que no se llegaba al cambio político en las mejores condiciones intelectuales, pero la crisis abierta en el PRI por su cúpula y la manera cómo la Presidencial quiso aprovecharla para sus planes de corto plazo, salvo que todavía haya alguien que quiera creer que lo que se pretendía era una reforma fiscal, confirmaron estas semanas que lo que predomina es el infantilismo político aunque sus protagonistas estelares sean o estén cerca de serlo, adultos mayores.

Quizás, para el año entrante se den condiciones distintas, debido a que los actores políticos y sociales involucrados en el drama actual se hayan cercado a la tragedia que puede seguirle. Tomar conciencia de una situación que si no es límite puede serlo en cualquier momento, debería ser una tarea mínima de quienes sirven a la sociedad mediante unas prerrogativas y emolumentos que responden a su definición constitucional como entidades de interés público. No es admisible que se rehuya tan impunemente a una obligación política a la vez que constitucional, y es preciso insistir en ello tan sólo para no caer en el cinismo ramplón de estos días finales del periodo de sesiones en que muchos se dedican a ilustrarnos sobre la futilidad perversa de la política y de los políticos, para de inmediato presentarse como candidatos providenciales a sucederlos y ofrecernos una situación distinta, bienhechora y a salvo de las ligerezas de la vida pública y plural que a pesar de todo prevalece ya entre nosotros.

Un primer paso en esta dirección, podría consistir en que el Congreso, de manera conjunta, pidiese a sus unidades profesionales de estudio económico y social una presentación que emanara de audiencias públicas y se sustentara en la elaboración de informes rigurosos por parte de esos órganos profesionales, sobre las implicaciones de esta parálisis fiscal que se extiende al conjunto del cuerpo social debido a la dictadura conceptual de la secretaría de Hacienda, que ha llevado de nuevo a partidos, diputados, senadores y buena parte de la opinión pública, a confundir estabilidad financiera con estado de coma. Romper este quietismo, que nos acerca a un panorama económico

mortecino pero también a un situación social de inquietud extrema, tiene que empezar por una revisión a fondo de las palabras, los conceptos, las cifras y las relaciones supuestamente analíticas que le han dado respetabilidad incuestionada al eje Hacienda-Banco de México, hasta llegar a los insólitos episodios de este fin de año en lo tocante a la reelección prácticamente indiscutida del Gobernador Ortiz y a la aceptación de corte similar de las “verdades” del subsecretario Hurtado en materia de presupuesto.

De un ejercicio con la verdad social y económica como el sugerido, que al menos podría enseñarnos que no hay tal cosa como verdades inmutables en materia de política económica, el Congreso podría pasar a invitar a sus dirigencias partidistas a involucrarse en una reflexión de urgencia sobre los cambios viables y necesarios y lo mismo podría hacerse con el resto de las organizaciones sociales dispuestas a participar de otra manera, sin afanes corto plazistas ni aires de demolición total e instantánea, en lo que puede ser un primer paso efectivo para construir el escenario político e intelectual requerido para avanzar en una reforma estatal que pueda comprender la cuestión económica como parte obligada de sus tareas prioritarias.

De caminar por este sendero, concientes Congreso, partidos, fuerzas sociales, de su estrechez inevitable, podría imaginarse un encuentro productivo con el gobierno que no se sentiría más obligado a leernos la cartilla sobre el desastre inminente que acecha al país de no hacerle caso a sus planes y entonces volver a ocupar su lugar de concertador y facilitador de un diálogo y de promotor del crecimiento, en un contexto radicalmente distinto al que se creó estas semanas funestas en que se dieron cita todos los espectros del subdesarrollo que nos acompaña y de la inmadurez democrática que se apoderó del cambio. Tarjeta de Navidad, sin paradero preciso.